

Testimonio de René Tanaka

Rene Tanaka Testimony

Resumen: René Tanaka nació en Hermosillo, Sonora. Su padre arribó a México en 1906 para trabajar en las haciendas azucareras. Tanaka nos describe las dificultades que afrontó su familia al estallar la Guerra del Pacífico, pues se vieron obligados a concentrarse en la Ciudad de México por decisión del gobierno mexicano. Nos relata la creación de las escuelas que construyeron los miembros de la comunidad de emigrantes para educar a los niños y la división al terminar la guerra.

Palabras clave: México, inmigración, japoneses, Guerra del Pacífico.

Abstract: René Tanaka was born in Hermosillo, Sonora. His father arrived in Mexico in 1906 to work on the sugar plantations. Tanaka describes the difficulties his family faced in Mexico at the outbreak of the Pacific War, when the Mexican government forced them to move to Mexico City. He describes the efforts of the Japanese immigrant community to educate their children through the creation of Japanese schools and the division of the Japanese community at the end of the war.

Keywords: Mexico, immigration, Japanese, Pacific War.

mi nombre es René Tanaka y nací en Hermosillo, Sonora, en el año de 1933. Sin embargo, los recuerdos de mi niñez se asocian al pueblo de Ures, donde nos trasladamos mi padre, José Tanaka, mi madre, Fumie Tanaka, y mis cuatro hermanos mayores poco después de mi nacimiento. Los emigrantes, por lo general, usaban un nombre en español, pues era una forma de comunicarse más fácil con la población en México.

Mi abuelo, junto con mi padre y su hermano, agobiados por la falta de trabajo y de oportunidades en la prefectura de Fukuoka, de donde eran originarios, decidieron ser contratados por una compañía japonesa encargada de reclutar trabajadores que quisieran emigrar a México. El grupo llegó al puerto de Salina Cruz antes del estallido de la Revolución mexicana, en el año de 1906.¹

Los trabajadores se dirigieron a la hacienda La Oaxaqueña, ubicada en el estado de Veracruz.² En esa hacienda, que era propiedad de una compañía estadounidense, se dedicaron a la siembra de la caña de azúcar y a su procesamiento. Sin embargo, las malas condiciones de trabajo e insalubridad hicieron que varios emigrantes murieran a consecuencia del paludismo. Ante esta situación, muchos de los trabajadores japoneses huyeron de la plantación, se treparon a un tren y se dirigieron al norte de México, donde se establecieron definitivamente.

¹ El año 1906 marcó una etapa de transformaciones mundiales y nacionales para Japón. La Guerra ruso-japonesa, que terminó con el triunfo de Japón, ubicó a ese país como una potencia en nacimiento al influir de manera decisiva en la región noreste de China. Por otro lado, los gastos que representó la guerra fueron trasladados a la población, por lo que la miseria aumentó y la emigración representó una alternativa para muchas familias campesinas.

² La Oaxaqueña fue una plantación que requirió gran número de trabajadores. En Hawái, esa misma empresa tenía enormes plantaciones que eran trabajadas, en su mayoría, por emigrantes de Japón. Sabiendo de la disponibilidad y buena actitud de la fuerza de trabajo de aquel país, la empresa decidió reclutar trabajadores japoneses para que laboraran en México.

Mi padre se dedicó a una gran diversidad de trabajos y oficios, como el de barbero, en la ciudad de Hermosillo. Posteriormente se trasladó al poblado de Ures, lugar donde se dedicó con un buen éxito a la venta de raspados (hielo molido endulzado con un jarabe de frutas) durante el verano, mientras que en la temporada de frío elaboraba, junto con mi madre, el dulce que se hizo posteriormente muy famoso denominado jamoncillo. Esta golosina se preparaba con leche quemada a la que se le agregaba vainilla, nuez, piñón o chocolate. También preparaban para su venta burritas y sándwiches.

Para elaborar los raspados, recuerdo que cada semana mi padre viajaba a Hermosillo, desde donde transportaba bloques de hielo en su camioneta para elaborar los raspados. El hielo se cubría con aserrín y con una manta de yute. Una buena parte del hielo se derretía durante el viaje, y el que resistía el calor se guardaba en una habitación, donde lograba conservarse durante casi una semana. Los raspados se vendían enfrente de la plaza del pueblo, eran de diversos sabores, con jarabes que mi madre hacía de frutas como grosella, tamarindo y de *momo*, es decir, de durazno, nombre con el que la gente, aun ahora, lo llama con esa palabra en japonés.

En el pueblo de Ures radicaba una pequeña comunidad de japoneses; en mis recuerdos igualmente están presentes las reuniones y las fiestas que realizábamos entre todas las familias de los emigrantes.³ Sin embargo, poco recordaba a mis dos hermanos mayores en ese entonces, debido a que se trasladaron a Japón siendo aún niños, al igual que mis otros dos hermanos, que llegaron a Japón un año antes (en 1940) de que estallara la Guerra del Pacífico. Así que en realidad crecí como hijo único durante toda mi infancia, pues al estallar la guerra mis hermanos ya no pudieron regresar sino hasta muchos años después de que terminara la misma. La familia entonces se

³ Sonora era el segundo estado del país que concentraba, después de Baja California, el mayor número de emigrantes japoneses.



Registro de extranjero de José Tanaka. Archivo General de la Nación. Fondo Registro Nacional de Extranjeros.

partió por este conflicto, pues durante algunos años no supimos de la suerte de mis hermanos.

En el año de 1942 todos los habitantes que vivíamos en Sonora y en los estados fronterizos con Estados Unidos, recibimos la orden de trasladarnos a la Ciudad de México o Guadalajara.⁴ Sin embargo, en un principio, al grupo que vivíamos en Ures nos mandaron a Nacozari, días después a Cananea y, finalmente, a Nogales, ciudad fronteriza con Estados Unidos. La estancia en esa ciudad nos generó una gran inquietud debido a que se habían propalado diversos rumores. Entre otros tantos, se dijo que nos enviarían a Estados Unidos, lo que nos atemorizó terriblemente, pues hubiéramos sido enviados a los campos de concentración que el gobierno estadounidense instaló para encerrar a todos los japoneses y sus descendientes que ya eran ciudadanos de ese país.⁵ Afortunadamente, desde Nogales abordamos el tren que nos envió a Guadalajara, donde nos recibió el Kyoeikai, el Comité de Ayudua Mutua que organizaron los

⁴ Al iniciar la Guerra del Pacífico, el 9 de diciembre de 1941, el gobierno de Manuel Ávila Camacho rompió relaciones con Japón y expidió una orden con el propósito de concentrar a los ciudadanos japoneses y sus descendientes a petición del gobierno estadounidense. En enero del siguiente año, los primeros en trasladarse vivían en la frontera con Estados Unidos; después fueron reubicados a las ciudades de México y Guadalajara los japoneses que radicaban en los demás estados de la república.

⁵ En 1942, cerca de 120 000 japoneses y sus descendientes fueron concentrados en trece campos de concentración. Casi dos terceras partes de ellos eran niños y jóvenes que ya eran ciudadanos estadounidenses por nacimiento.



Escuela japonesa de Tlalpan. Colección de Sergio Hernández Galindo.

paisanos radicados en esa ciudad para recibir a los desplazados y buscarles un alojamiento.⁶

Mis padres y yo vivimos durante algunos meses del año de 1942 en Guadalajara, pero posteriormente nos mudamos a la Ciudad de México, lugar del que ya nunca más volvimos a salir y donde están enterrados mis padres.

Yo crecí, por tanto, en el pueblo de Tlalpan, debido a que en este barrio se concentró un grupo numeroso de japoneses. En el año en que llegamos, los niños no fuimos admitidos en las escuelas primarias, por lo que la comunidad se organizó y, con grandes esfuerzos, construyó una escuela en la calle de San Marcos, donde un maestro japonés nos impartió clases

⁶ El Kyoei-kai fue la organización que permitió el gobierno para que la propia comunidad japonesa auxiliara a los concentrados que llegaron de diversos lugares a las ciudades de Guadalajara y México, donde a partir de entonces los vigilaría de manera estrecha la Secretaría de Gobernación, mediante la Dirección de Investigaciones Políticas y Sociales.

durante todo el día. Nosotros vivíamos justo al lado de la escuela, en una vecindad de ocho viviendas, por lo que la denominamos *hachiken-nagaya*. Al año siguiente ingresé a la escuela pública primaria José Azueta, aunque nuestra escuela japonesa siguió funcionando por las tardes.

Durante toda la etapa en que duró la guerra, asistí a ambas escuelas y no viví ningún incidente grave que lamentar por ser japonés con mis compañeros mexicanos, fuera de los pleitos cotidianos entre los niños de esa edad. Creo que la comunidad en su conjunto se integró muy bien al entorno de guerra en que se involucró México como uno de los países aliados contra los del Eje.

En la escuela japonesa de Tlalpan tuvimos una excelente preparación, tanto en el aprendizaje de la lengua japonesa como en el de la aritmética. Los textos que usamos para nuestras lecciones eran los que las autoridades educativas japonesas autorizaban, por lo que a pesar de estar en plena guerra fuimos

educados de acuerdo con la política educativa imperial. En el inicio de curso, por tanto, se leía el edicto de obediencia al emperador con gran respeto y consideración.

Los maestros, igualmente, habían sido formados en ese ambiente, por lo que la estructura disciplinaria de la escuela era muy rígida y los castigos para quien transgrediera las normas eran muy severos. Yo recuerdo que en alguna ocasión el maestro Arita me castigó y me puso a mitad del patio. Era ya de noche cuando mi madre se dio cuenta de que yo estaba en el patio sin moverme y se enteró de que estaba castigado; pero como al maestro se le había olvidado levantarme el castigo, mi madre tuvo que ir a buscarlo a su domicilio para que yo pudiera regresar a casa.

La noticia del lanzamiento de la bomba atómica sobre las ciudades de Hiroshima y Nagasaki causó una gran impresión y dolor en la comunidad y en nuestra escuela. A la semana siguiente, la información sobre la rendición de Japón se transformó en un verdadero cisma entre la comunidad de Tlalpan. El 16 de agosto, cuando los estudiantes estábamos esperando a que el profesor Yamamoto iniciara las clases, nos percatamos de que se dirigió a la vecindad, *hachiken-nagaya*. El profesor informó sobre la derrota de Japón a todos los padres que en ese momento se encontraban reunidos. Cuando sucedió eso, las voces y la discusión empezaron a subir de tono al grado que sus alegatos alcanzaron nuestro salón. Un grupo importante de la comunidad increpó al profesor diciéndole que lo que afirmaba era una total mentira y que Japón no se podía haber rendido. Al grupo de personas que consideraron que la derrota de Japón era una patraña se les empezó a considerar como ganadores, *kachigumi*. Ese grupo se enfrentó a los que aceptaron como irremediable la derrota y la rendición de Japón, *makegumi*. La división alcanzó a la propia escuela, pues el grupo de los padres *kachigumi* no enviaron a sus hijos a la escuela. Durante todo ese difícil año, yo seguí asistiendo regularmente a mis clases, pero la posibilidad de seguir manteniendo los gastos de la misma se tornaba cada vez más difícil. Así, llegó el día en que el profesor Arita nos informó que la escue-

la de Tlalpan se cerraba de manera definitiva.⁷ El cierre de la escuela significó para mí un gran golpe, pues, aun sin saberlo, fue consecuencia de la serie de circunstancias que se generaron en la comunidad japonesa ante la derrota de Japón en la guerra.

El grupo de la comunidad de los *kachigumi* estaba encabezado por el doctor Naboru Nishimura y por el señor Masayuki Nakashimada, quienes abrieron una escuela en el barrio de Portales. Ellos tenían una organización secreta denominada Kokusui Doshikai, que se mantuvo por muchos años más.

En el mes de octubre de 1945, otra noticia causó también un cierto desconcierto en toda la comunidad de emigrantes que nos habíamos concentrado en la Ciudad de México. Mediante un oficio, la Secretaría de Gobernación le informó al Kyoei-kai el fin del “control sobre los súbditos japoneses residentes en México”. A partir de ese momento podíamos transitar nuevamente por cualquier lugar de la república. La declaración en sí nos orilló a resolver un nuevo dilema: regresar o no a los lugares donde muchos de los hijos de los pioneros habíamos nacido.

Mi familia, ante la dificultad de regresar nuevamente a Ures y retomar el negocio que con tanto esfuerzo había levantado, decidió quedarse definitivamente en la Ciudad de México. La gran mayoría de los concentrados igualmente tomó esa decisión; las grandes ciudades como México y Guadalajara ofrecían una serie de ventajas en comparación con los pequeños pueblos de los que veníamos. En éstas existían escuelas universitarias donde los hijos de los emigrantes podríamos estudiar. Así lo hicieron la gran mayoría de ellos, convirtiéndose en profesionistas. Como consecuencia de la derrota de Japón y de la situación de destrucción en que quedó, se clausuró definitivamente la posibilidad de regresar a Japón, como era el deseo de todos aquellos que llegaron a América. Por el contrario, una nueva oleada de emigrantes llegaría años después.

⁷ La división de la comunidad japonesa en México no fue tan severa; en Tlalpan fue donde más se resintió. En Brasil, el grupo de perdedores y ganadores se enfrentaron violentamente.